JUNTA DE SOMBRAS | GROPIUS Y VAN DER ROHE

El 5 de julio de 1969 falleció en la ciudad de Boston a los 86 años de edad Walter Adolf Gropius. El 17 de agosto en la ciudad de Chicago murió Mies Van der Rohe cuando contaba 83 años. Ambos dirigieron el Bauhaus, la escuela de diseño y arquitectura más influyente para el desarrollo de la plástica occidental.

Gropius fue el primer director del Bauhaus, en 1919, en donde reunió a los pintores, escultores y arquitectos de la vanguardia europea de principios de siglo con la idea de establecer las premisas para la producción plástica en una sociedad altamente industrializada.

Van der Rohe fue el último director de la Bauhaus y uno de los responsables principales del llamado estilo internacional, que desarrollan los Estados Unidos de Norteamérica, cuando los miembros del Bauhaus se refugian en ese país de las calamidades del nazismo.

Pero puede decirse que la doctrina de la arquitectura moderna la define Gropius, mientras Van der Rohe la realiza. Gropius pasa de Londres al departamento de Arquitectura de la Universidad de Harvard, donde difunde sus ideas, mientras Van der Rohe encontró en el Instituto Tecnológico de Illinois el medio para formar nuevos arquitectos.

Las crisis urbanas y artísticas contemporáneas exigen, entre otras cosas, un juicio sumario de los aportes del Bauhaus y en especial de los dos grandes maestros. Para ello es necesario no olvidar el significado del *Art Nouveau* que, como todo movimiento artístico, tiene dos vertientes contradictorias: el regodeo formalista y erotizante, propio de un Beardsley, y la experiencia con los nuevos materiales y la nueva técnica, preconizada por los teóricos franceses del fin de siglo como Le Duc y Boileau.

En efecto, las grandes obras plásticas entre los dos siglos son aquellas que realizan los ingenieros mostrando las grandes audacias formales que prometen los nuevos materiales. La Torre Eiffel, el Palacio de Cristal de Paxton, las entradas del metro de París, los edificios de Hortá, eventualmente ligados al programa obrero, exhiben al arquitecto como un elemental decorador de fachadas, muros e interiores, en comparación con sus extraordinarios aportes constructivos.

El rescate definitivo de la profesión arquitectónica lo consiguen los teóricos franceses cuando insisten en el concepto de *sinceridad*; el cual significó el empleo del cemento armado, del cristal, del acero estructural.

Experiencias y enseñanzas que se concretaron en el conjunto escolar llamado *Werkbund* en el que Peter Behrens comunicó las nuevas necesidades a tres grandes figuras: Gropius, Van der Rohe, y Le Corbusier. No es casual que toda esta enseñanza se concretara precisamente en Alemania, país que alcanzó, primero, el punto de desarrollo máximo de la grave contradicción moderna entre las fuerzas productivas más ricas de toda la historia, enfrentadas con un sistema de producción que llevó su evolución hasta la guerra y el sofocamiento de la clase obrera. El Bauhaus surge en el centro del conflicto fundamental de la historia moderna. Cuando Gropius construyó el Bauhaus, inició un programa lleno de implicaciones revolucionarias.

Entre la república de Weimar y la plástica surgida de la

revolución soviética de 1917, se definieron las nuevas necesidades de las que seguramente participaron Gropius y Van der Rohe.

Pintores como Kandinski ejercieron la función de correos que comunicaban a la Europa Oriental las luchas de integración plástica del constructivismo soviético, encabezado por Tatlin, Lissitski, Malevich. En la Unión Soviética surgió la conciencia de un diseño integral que abarcaba desde las manifestaciones propiamente artísticas hasta la escenografía, el cartel, el traje y los utensilios cotidianos, necesariamente ligados a la idea de un humanismo renovado.

Estos postulados no sólo alcanzaron altos niveles teóricos sino produjeron proyectos que animaron a los arquitectos europeos como Le Corbusier, autor de un Palacio de los Soviets, nunca construido, a la formación de la nueva sociedad.

El proyecto de lo que debió ser la arquitectura moderna surge de las realizaciones soviéticas y de las posibilidades democráticas de Weimar. El stalinismo degolló a las primeras, mientras el nazismo sofocó a las segundas. El Bauhaus quedó, entonces, como una especie de síntesis teórica de los trabajos de Gropius sobre lo que llama arquitectura total, ejemplificada en sus edificios alemanes y sus obras posteriores a esta primera etapa, entre las que destaca el Centro de Graduados de Harvard. Por otra parte, la gran experiencia práctica la concretan, sobre todo, Le Corbusier y Mies Van der Rohe; el primero con su planeación de ciudades y el segundo desde su punto de partida en el Pabellón Alemán para la exposición universal de Barcelona en 1929, donde manifiesta el racionalismo funcional que integraba el acero, el cristal y los muebles interiores dentro del neoplasticismo de inspiraciones soviéticas. Después, serían el Instituto Tecnológico de Chicago y el rascacielos Seagram los que darían la pauta de lo que dio en llamarse funcionalismo.

Pero el paso a Norteamérica, significó para los exmiembros del Bauhaus la crisis definitiva de sus proyectos. Las tesis sobre arquitectura total, ligada a los planes de socialización de la producción, no pudieron llevarse a la práctica en una sociedad en que las necesidades reales han sido sustituidas por el mercado. El funcionalismo, pensado para la formación de una sociedad armónica, tuvo que degenerar en formalismo. Así, el nombre de arquitectura internacional se aplica a cualquier edificio de planta libre y cristales de piso a techo, aunque esté enteramente divorciado de las necesidades climáticas y culturales. Los seguidores de los maestros no logran superarlos; la misma síntesis formal que Van der Rohe usó para una escuela en Chicago, la utiliza Saarinen para una sala de máquinas en el Aeropuerto de Ildewild, exhibiendo su importancia funcional. El sistema norteamericano acabó con el racionalismo del mejor plan de producción de diseño y arquitectura de nuestro tiempo.

Rescatarlo, ahora que la reforma universitaria se ha convertido en bandera internacional, es uno de los fines necesarios para todos los comprometidos y los afectados en la planeación de ciudades y del mundo habitable que nos circunda. El mejor homenaje a la memoria de Walter Adolf Gropius y Mies Van der Rohe es promover la educación plástica integral y abolir el academismo mercantil de sus imitadores.

Alberto Hajar